Un Sales

En Ingapirca vivieron etruscos, cretenses, egipcios e ititas.

En su Museo existen escrituras aramaicas, anteriores a la edad de Cristo.

La maqueta del Castillo de Ingapirca, tallada en piedra negra.

"Cuando alguien quiera conocer a un Santo, mucho antes de que le envien a los altares, hay que venir a Cuenca. Yo lo hice para abrazar a un viejo compañero de la infancia, pero ahora Carolo es un Santo. Regreso a Milano con una satisfacción que jamás soñé. Abrazar a un Santo, signore, eso no se puede hacer todos los dias. La vita, es demasiado corta para ello. Pero yo lo he logrado. Y sin querer, signore; sin quererlo", nos contaba entusiasmado un viejo italiano que hace poco estuvo en Cuenca, ciudad a la que vino desde Guayaquil, aprovechando la temporada de puerto que hacía el barco en el que regresaba a su Patria, con el único objeto de ver al Padre Carlos Crespi con quien hace más de media centuria, había corrido las aventuras y los sueños infantiles de la época, en Milano.

Especial, por venir de un compañero de infancia del Padre Carlos Crespi, este testimonio no es único, sinembargo. Frases al estilo, pueden oírse en Cuenca todos los días. Y de parte de ciudadanos de toda condición, credo o situación humana. Quienes conocen al Padre Crespi, coinciden sin excepción, en reconocer su santidad y su sabiduría. Cosas ambas que a la vez, han dado a la capital azuaya, una especie de nuevo símbolo..., de nueva aureola identificatoria. Quien viene a Cuenca y vuelve a su tierra sin conocer al Padre Crespi —cosa imposible, además— es como si no hubiera conocido integramente la ciudad, y lo que es más... como si no hubiera conocido —estando a la mano casi,— a uno de los pocos forjadores, de los que todavía viven, de nuestra realidad sobre todo en el campo de la acción social y de la ciencia. Y esto, no es un mero decir. Ni siquiera es una teoría. Constituye la verdad indiscutible de un axioma. ¡Así!

UN JOVEN SALESIANO APELLIDADO CRESPI

En los años correspondientes a las primeras décadas del nuevo siglo, el progreso de Cuenca, o mejor dicho su ingreso al camino del adelanto material y científico —este último como base generadora del primero— se halla íntimamente vinculado a la acción de la Comunidad Salasiana, que tan pronto como levanta su tienda de campaña entre nosotros, empieza a fundar escuelas, colegios, normales, institutos técni-

Un santo de carne y hueso, en Cuenca. La revolución blanca del padre Crespi.

ano Llamado Santo

os, museos, centros de cooperación social, etc., etc., muchos de estos, por primera vez en la ciudad, e incluso en la República.

Primer motor de este gran esfuerzo, alma y nervio de la Comunidad Salesiana en su empeño renovador, es el Padre Carlos Crespi, quien llega a Cuenca el veinte y cuatro de abril de 1923. Viene enviado por las Universidades Italianas, para preparar el material ecuatoriano que Roma desea ofrecer al mundo en su Gran Exposición Científica del año de 1925. En ese entonces, el Padre Crespi se halla recién graduado en Ciencias, en la Universidad de Padua, prestigioso centro europeo que no vacila en recomendar el nombre del joven salesiano, ante las Academias científicas más exigentes del viejo Continente. Para la Exposición de 1925, Carolo logra llevar un stock de más de veinte mil muestras, recogidas de todo el país. La muestra es un éxito, a todo dar. Y las ofertas para el joven sacerdote, igual. Universidades y Academias se disputan para contarle entre su personal. Dinero y honores están a la orden. Carolo, no tiene sino que dar el sí, pero... prefiere volver al Ecuador e internarse en la "jibaría" como dice él, para preparar una exposición para Turín, en 1927. Otro éxito. Nuevas ofertas. Las tentaciones llueven a "tuti". Los "jíbaros", despiertan la atención unánime de Europa. Entran al mundo de los vivos". Pero antes, habían entrado ya en el corazón del Padre Crespi, quien decide volver a realizar su apostolado en medio de ellos, o cuando menos "cerquita". Y vuelve al Ecuador.

LA REVOLUCION "BLANCA"

En el viaje de retorno, lo acompañan treinta y un hermanos de hábito. Llegan a Cuenca, y comienza la revolución blanca del Padre Crespi. Como por encanto, surgen el Normal Orientalista, el Instituto Cornelio Merchán, el Colegio Técnico, la Quinta Agronómica, hoy Colegio Agronómico, el Teatro Salesiano, la gran Casa de la Comunidad. Como por encanto, la niñez pobre y desvalida, no solo que logra incorporarse a la educación, sino que encuentra comida y vivienda bajo la sombra del hábito de este hijo de don Bosco, hábito que desde entonces, día a día, se va volviendo más blanco, más raído, pero igualmente generoso y acogedor como un árbol lleno de frutos y promesas. El Padre Crespi, de este modo, y ante la admiración y el cariño creciente de los cuencanos, se convierte en todo a la vez: casas de beneficencia, Escuela, Colegio, Universidad, cancha deportiva, sala de espectáculos, en fin... en toda una institución... Con más propiedad: en una gama de Instituciones. El Padre Crespi se multiplica. Es el hombre que no descansa jamás. Mientras durante el día dirige, proyecta y financia sus obras, por la noche, él solo, continúa en la obra dejada por los jornaleros. Adelanta los trabajos, coloca un ladrillo por aquí, sube una viga. Baja materiales. No se da tregua. Día y noche la gente de escasos recursos, acude a él, en colas interminables. Y él, introduce la mano al ancho bolsillo de la sotana y el dinero sale como por encanto. Fluye en forma mágica. Y si deja de fluir, corre al comedor de la Comunidad, y comparte su ración diaria con quienes lo necesitan.

El vulgo teje leyendas en torno a la forma como el Padre Crespi financia su obra y su acción. Para explicarse, unos recurren a la ayuda que el Padre Crespi recibe de algunas organizaciones ultrasecretas; otros a las rentas que al ilustre religioso le corresponden en su calidad de miembro de la vieja nobleza italiana; no falta quienes se refieren al milagro. Carolo, sonríe. Deja que la gente hable, mientras él actúa. Y... avanti.

EL MUSEO CARLOS CRESPI

Al margen de la obra esencialmente social, el Padre Crespi, desde su primer arribo a Cuenca, emprende en la de carácter netamente científico. Y el Museo "Carlos Crespi", como ha dado en llamarlo la ciudad, crece y se agiganta. Deslumbra a propios y extraños. Origina nuevas y nuevas teorías sobre los primeros pobladores del Ecador. Despierta polémicas. Y rodea sobre todo, de una aura de respeto y admiración a su gestor, dentro y fuera de América.

El Museo comenzó a formarse en 1935. Poco a poco se van incorporando en él, piezas arqueológicas de todo el Ecuador. Hoy por hoy, son miles las que lo integran. Y cada una más fantástica que la otra. Para apreciar a cabalidad lo que es este museo, hace falta conocerlo. O en su defecto, volúmenes y volúmenes de obras descriptivas. Y realizadas por científicos. Recorriendo las diversas dependencias del Museo Arqueológico del Padre Crespi, uno se halla perplejo. No se sabría qué admirar más, si la capacidad multifásica de este hombre, para haber dirigido excavaciones, traído y clasificado los objetos, o... el valor mismo de éstos.

El Museo, por otra parte, ha dado origen a una novisísima teoría científica en torno a los primeros pobladores del Ecuador. Cosa natural, su primer sostenedor, es el Padre Crespi. Pero la teoría poco a poco ha ido interesando a los principales científicos americanos y europeos quienes en estos mismos momentos, se hallan trabajando en pro de la reunión de un Congreso Internacional de Arqueología, en Cuenca, para discutir y pronunciarse definitivamente sobre las ideas del Padre Carolo.

UN CASTILLO EN INGAPIRCA

Según el Padre Carolo —como lo llaman en sus cartas y comunicaciones dichos científicos— los primeros pobladores ecuatorianos, vinieron desde las orillas del Mediterráneo, subiendo por el Amazonas, hasta llegar a la zona de Cojitambo e Ingapirca, para desde ahí, extenderse hacia el resto de la geografía ecuatoriana. Esos primeros pobladores, habrían estado integrados por miembros de las civilizaciones: egipcia, etrusca, cretense, babilónica, e itite.

En respaldo de su teoría, el Padre Crespi ofrece una extensa e inacabable galería de objetos tomados desde las fuentes del Amazonas hasta Tulcán, Loja, Manta, Guayas, Cañar, Deleg, Ingapirca, Imbabura, Pichincha, etc. En los stands de sus formidable museo, reposan, como esperando la decisión o el descubrimeinto final, bloques de piedra de escritura aramaica, antes de la edad de Cristo, encontrados en la zona Ingapirca; esculturas de Hércules, vasos griegos, Elena de Troya, Bueyes Sagrados, esculturas griegas de caballos; armas y placas de oro, encontradas en el Cojitambo; una extraordinaria maqueta del Castillo de Ingapirca, tallada en piedra negra; objetos de oro, plata y de plata y bronce fundidos, representando culebras sagradas, elefantes, pirámides egipcias, círculos sagrados, cetros faraónicos, coronas faraónicas, cámaras fúnebres egipcias, árboles de la vida, totems, ornamentos ceremoniales egipcios, vasijas, cinturones de oro, vasos y máscaras de la época de Nabucodonosor, instrumentos de cirugía babilónica, objetos de arte tallados en huesos de mastodontes y de ballenas, en fin... cosas que sería largo enumerar, pero todas íntegramente encontradas en el Ecuador, como siguiendo un curso preestablecido, desde las fuentes del Amazonas en el sector oriental, siguiendo por el Azuay y Cañar, y desparramándose luego por todo el resto de la República.

No vamos a extendernos más en esta crónica. Sólo, una nota final. O mejor dicho, una pregunta: ¿Verdad que una persona que, sólo y por su propio esfuerzo, ha logrado tánto para la sociedad en que vive y para la ciencia, bien se merece el calificativo que le daba el viejo italiano que vino a ver a su Carolo, hace poco, y con cuyas palabras encabezamos esta crónica?... Verdad... y, a todo dar!